

Miércoles XVII
Ciclo B



31 de julio de 2024

Jr 15, 10.16-21

Sal 58

Mt 13, 44-46

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Evangelio de hoy, Mateo nos presenta otras dos parábolas de Jesús: la del tesoro escondido en un campo y la de la perla preciosa y el comerciante.

Las ideas populares¹ de que alguien pueda descubrir un tesoro en un campo o en unas ruinas, o historias de un campesino o trabajador que da con un tesoro en campo propio o ajeno y se labra así su felicidad, eran frecuentes en el mundo antiguo. Historias como estas circulaban aquí y allá en escritos antiguos y Jesús las utiliza para entregarnos otra enseñanza sobre el Reino.

Lo primero de todo, el hombre encuentra el tesoro y tiene una oportunidad increíble, de ensueño. El hallazgo del tesoro no es, pues, como en otras variantes de los distintos cuentos parecidos que se contaban por oriente: la recompensa al duro trabajo de cavar o a las obras de caridad. Pero esto es sólo la exposición, el «tema» de la parábola. El peso no recae en el «valor inmenso» del tesoro —evidente por el tema! — ni en la alegría del afortunado descubridor. **Lo importante es lo que el hombre hace ahora.** El hombre **«vende todo lo que tiene»**. Esta opción no es casual, y se repite en la siguiente parábola. **Todo converge hacia ese punto**, este es el **punto focal de la parábola**. Por eso el hombre ha de encontrar primero el tesoro y soterrado de nuevo. Lo importante para el narrador es la apuesta decidida del descubridor, **que renuncia «a todo lo demás para adquirir el reino de los cielos»**. Este tesoro requiere una inversión alta, más aún, una inversión total.

Todavía se añade otro pensamiento². Al encontrar el tesoro ya no se calcula con sobriedad ni se sopesa en frío. En comparación con este tesoro todo lo demás que se posee es escaso, su valor no tiene proporción con el tesoro. Las cosas que se tienen, por muchas que sean, se vuelven insignificantes ante el verdadero valor por cuya causa vale la pena vivir. Este tesoro es el reino de Dios, y por tanto el mismo Dios. El que ha encontrado a Dios mediante el mensaje de Jesús, renuncia con alegría a todo lo demás. Ha encontrado la verdad y la vida. El que tiene a Dios, lo tiene todo. Sólo Dios basta, y esta verdad únicamente puede aprenderse en la vida real. Nuestra mentalidad mundana, el temor de perder o desatender algo y el programa que nos fijamos para nuestra propia vida tropiezan una y otra vez con esta verdad.

Tenemos en la siguiente parábola a un comerciante en perlas que importa y exporta. El tema del relato es un negociante en perlas que encuentra una muy valiosa. El que sea **una** sola perla no es irrelevante, sino algo exigido por la parte real de la metáfora, la realidad del reino de Dios. La parábola tampoco se interesa por las circunstancias concretas de la

¹ Cfr. ULRICH LUZ. *El Evangelio según San Mateo II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2001

² Cfr. W. TRILLING. *El evangelio según San Mateo*

compra: si el negociante pagó un precio real o si pudo venderla después. Sólo es importante el hecho de que el comerciante **«va a vender todo lo que tiene»** para adquirir la perla. **Es este aquí también el foco de la parábola.** El negociante posee ahora **la única perla** por la que lo ha dado todo. Es lo que interesa al narrador.

Es tan claro y meridiano lo que propone Jesús que no necesita explicarlo a sus discípulos, ni sus discípulos necesitan explicación, como sucedió con la parábola del sembrador. Yo me pregunto: si es tan claro para Jesús ¿cómo no lo es tanto para nosotros? ¿De qué manera podemos hacerlo vida?

En cierta ocasión el Señor le dijo (en su experiencia mística) a Concepción Cabrera:

*«Mira, hija mía. Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada ni se aprecia en su verdadero valor, siendo que es lo más grande del cielo y de la tierra, **el Espíritu Santo.***

No, hija mía, ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. Él es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones; y si hay tibieza, y si hay frío y debilidad, y tantos males que aquejan al mundo espiritual, y hasta a mi Iglesia, es porque no se acude al Espíritu Santo.

Su misión en el cielo, su vida, su Ser, es el amor; y en la tierra, llevar a las almas a ese Centro del amor que es Dios. Con Él, se tiene cuanto se puede apetecer; y si hay tristeza, es porque no se acude al Divino Consolador, que es el gozo completo del espíritu; si hay flaquezas, es porque no se acude a la Fortaleza invencible: si hay errores, es porque se desprecia al que es la Luz; si se extingue la fe es por la falta del Espíritu Santo.

[...]Es tiempo ya, de que el Espíritu Santo reine, (decía el Señor como conmovido) y no allá lejos, como una cosa altísima, aunque lo es, y no hay cosa más grande que Él, porque es Dios, conjunto y consubstancial con el Padre y el Verbo, sino acá cerca, hija, en cada alma y corazón, en todas las arterias de mi Iglesia»³.

A lo mejor, tratando de responder a la pregunta que me hacía anteriormente, no hacemos vida el tesoro en nosotros porque no hemos atinado con él. El Espíritu Santo, el amor de Dios, es el tesoro del Reino; tal vez por eso estamos perdidos y no atinamos a darnos del todo al Todo. Escribía San Juan de la Cruz:

*Cuando reparas⁴ en algo
dejas de arrojarte al todo.
Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo⁵,
y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.⁶*

³ CONCEPCIÓN CABRERA, *Cuenta de Conciencia*, 35, 66-69; 19 de febrero de 1911

⁴ ...es decir, cuando te quedas en algo, cuando tu corazón se queda en algo que, por tanto, no es el todo...

⁵ ...es decir, para darte totalmente al TODO, has de soltarte completamente, como el comerciante de la perla, como el que vendió todo para comprar el campo...

⁶ JUAN DE LA CRUZ. *Monte de la perfección. Avisos*